

EL NIÑO QUE SOÑABA CON EL INFINITO



Érase una vez un niño que vivía en un país de llanuras. Todos los domingos por la tarde iba a pasear con su padre por caminos bordeados de setos. Caminaban durante horas entre murallas de clemátides y de espinos blancos. Siempre deseaban ver el país que los rodeaba.

En realidad, durante esos largos paseos, siempre tenían la esperanza de desembocar al fin en algún lugar en el que ya no hubiera esos setos que tapaban la vista. Pero jamás lograban salir de ellos. Un camino bordeado de espinos blancos llevaba a otro bordeado de altas clemátides, y luego a otro de pequeños arces tupidos, y luego a otro bordeado de espinos

blancos, y así sucesivamente. A la larga, perdían la paciencia, y se las arreglaban para pasar al otro lado de los setos por los boquetes destinados a las vacas. Y todo para acabar encontrándose ante un cuadrado de heno verde no más grande que la plaza del pueblo y bordeado a su vez de altas barreras de álamos, de chopos temblones y de sauces.

—Qué tontería —decía el niño—





crucemos el prado y vayamos a ver lo que hay al otro lado de los árboles.

Eso hacían, pero, al otro lado, había otro cuadrado de heno verde bordeado de altas barreras de álamos, de chopos temblones y de sauces. Tanto era así que el padre y el hijo acababan recorriendo los caminos con la cabeza gacha, como si fueran condenados a muerte.

No obstante, el paisaje a su alrededor era sin duda alguna vasto, e incluso debía de ser bello. Uno se daba cuenta por el vuelo de los pájaros. Los patos salvajes pasaban con una lentitud tan majestuosa por el cielo que uno se veía obligado a imaginar la grandeza de las extensiones sobre las que se paseaban así, midiendo las fuerzas. Los arrendajos, las abubillas, los herrerillos comunes, incluso las urracas, que desplegaban dameros al alzar el vuelo, y los cuervos, que se volvían verdes en pleno sol, mostraban, a través de la variedad de



su plumaje y de sus colores, todos ellos vivos y barnizados, que el país era sin duda alguna muy bello, ya que había obligado a los pájaros a vestir unos ropajes tan magníficos para vivir allí.

El padre y el niño, pues, andaban con la cabeza gacha, pero veían los pájaros con el rabillo del ojo, o bien estaban forzados

